

Nada
nuevo
bajo
el sol

José Palacios



Ediciones Perdidas

José Palacios, 2014

Ediciones Perdidas
Asociación Cultural Libros de Arena
Camino de los Espejos 51
04131 Retamar - Almería
www.librosdearena.com

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 España



Nada nuevo bajo el sol

No, no es la mañana perfecta, con este cielo azul que invita a ser paseado con la mirada durante horas, sintiendo la brisa ligera, el leve calor de este invierno espeso y lento, tardío, pero tengo que quedarme encerrado en el estudio y ponerme a escribir, no puedo retrasar más la entrega de la crítica, me han llamado ya tres veces, están a punto de cerrar la edición del suplemento, necesitan mi texto, siempre “necesitan” mi texto, hasta cuando no lo publican. En esta ocasión es todo un problema, porque el libro no lo he leído, no he podido terminar de leerlo. Aparte de que no he tenido mucho tiempo ni la lucidez necesaria para hacerlo, es que no puedo volver a abrirlo. Me da nauseas.

Siempre he sospechado que Jotapé es un escritor genial. No quiero decir el mejor —es excelente, pero esa no es la cuestión— tampoco el más original. Quiero decir

“genial” en el más preciso sentido de la palabra: posee una extraordinaria capacidad para crear y contar historias, una fabulosa imaginación, una extraordinaria inteligencia, es agudo, ingenioso...

Pero esto que estoy afirmando no es una simple apreciación mía. Con la crítica y el público rendidos a sus pies, con su último libro apilado en pirámides en librerías y centros comerciales, inevitable, obligado best seller, bastaría con su nombre, sin tan desorbitada presentación mediática, para justificar esa tirada inicial de trescientos mil ejemplares.

Se los tenía que tragar, no vender ni uno. Yo no he comprado el libro, por supuesto. Faltaría más, no le voy a dar ni un euro a ganar. Tampoco tenía la más mínima intención de leerlo, he intentado evitarlo, pero la semana pasada me llegó un ejemplar por correo. Cortesía editorial que se podían haber ahorrado. Pensé regalarlo en algún cumpleaños, dárselo a la portera, utilizarlo para encender la chimenea, pero en eso me llamó el redactor jefe del semanal que aún me paga (no se sabe bien cuándo, pero a veces lo hace, lo cual es de agradecer, dados los tiempos que corren) y me dijo que me tocaba la crítica. Yo no soy paranoico, pero pensé en una conjura cósmica, en un complot universal urdido por misteriosos enemigos para provocarme insufribles migrañas. Con su melíflua voz de cura pedófilo,

me fue desgranando por qué yo y sólo yo tenía que escribir esa crítica: por mi amistad con el autor (tiene sorna), por la importancia del libro (qué desvergüenza), porque merece la crítica del mejor crítico (cínico tocapelotas) y porque lo decía él (así sí, sin rechistar). Pero el motivo real era el primero, que se supone que Jotapé y yo somos, éramos, amigos, viejos conocidos, colegas, protagonistas de encendidos debates, rivales en aventuras amorosas, “concorrenti” literarios. Aprovechándose de toda esa leyenda (negra, o gris, o marrón), el editor me sugirió que o escribía esa crítica o adiós muy buenas, no habría más críticas, ni artículos, nada. Se acabó. Puro chantaje, el cabrón. Y a mi el estómago se me está convirtiendo en úlcera viva esta mañana.

Que Jotapé es un gran escritor, no lo voy a descubrir yo a estas alturas. Debería bastar para probarlo el éxito de sus novelas, la astronómica cantidad de ejemplares vendidos, la adaptación al cine de sus obras, su popularidad, su fama. ¿Qué le puedo decir, amable lector, que usted no sepa? ¿Acaso no ha leído ninguna novela de Jotapé? ¿No le han regalado uno de sus libros? ¿No conoce el nombre de sus personajes, la trama de sus historias? Pero ¿en qué mundo vive?

¿No abundan por su casa esos tochos, no le esperan en la biblioteca del wáter, por si se estríñe?, ¿no se los cuenta su cuñada, la

borde, en las lindas sobremesas navideñas?, ¿no los tiene hasta en el aijón?, ¿no está usted hasta el moño?

Aún así, creo que no se le acaba de conocer del todo. Porque además de todo eso, Jotapé es un escritor frívolo y difícil a la vez. En este último libro, demuestra que es capaz de hacer una obra de arte con cuatro latas y un cartón que se ha encontrado por la calle. Que no necesita casi nada para construir un artefacto literario...

Es un esnob, un puto esnob. Qué sed da escribir estas pesadas críticas, creo que quedaban algunas cervezas en el frigo. Sólo dos latas. ¿Quedará alguna botella de vino? Llevo tres párrafos y me están empezando a chirriar las meninges. Busco el libro entre mis papeles, lo abro, ojeo unas páginas, leo algún párrafo por aquí y por allá. Hasta la portada, con esas fotos desenfocadas, torcidas, que se supone que tienen que sugerir qué sé yo qué misterios. Se cree original, el menda, pero es que no sabe ni hacer fotos, parecen hechas por un aficionado que no sabe ni enfocar, ahora que las máquinas enfocan solas, lo que quieren, cuando quieren, total, se registra para ser borrado, ¿quién coño guarda, archiva, vuelve a ver una foto digital?. Es puro gesto. Clic. Foto. Al saco. Millones. Punto. Borradas. Perdidas. Olvidadas.

Ni la portada, no soporto ni esta portada que es un puro borrón. Ya la podía haber perdido, ya, la foto.

...una artificiosa máquina narrativa de enormes posibilidades metafóricas, una de esas novelas aparentemente humorísticas que se convierten en la única manera eficaz de retratar una sociedad absurda. Y uso la palabra “retratar” intencionadamente, porque pocos saben que Jotapé es un gran fotógrafo. El público desconoce que las imágenes de las portadas de sus libros están basadas en fotos suyas, que el mismo reelabora. Nunca ha realizado una exposición, pero los afortunados que hemos podido ver su obra sabemos que es un gran fotógrafo, que no sólo es capaz de captar la realidad, la fantasía, el sueño, y lo que se le ocurra, con las palabras, sino también con la imagen. Desde hace más de un año sabíamos que estaba escribiendo una nueva, ambiciosa novela, y esperábamos con ansiedad el momento de poder empezar a leerla. Yo conocía además la foto de la que nacía esa historia, el mismo me la había enseñado. Es la foto que hoy figura en la portada, aunque no la firme. De ahí nacen a veces sus ideas, sus palabras, de una sencilla imagen.

Pero qué ideas ni qué perro muerto. Fotos desenfocadas, textos deshilachados, historias manidas, tópicos en papel celofán de un hipotético retorno a la modernidad. Quizá alguna vez tuviera una idea, quizá al principio de su carrera dijera algo.

Se acabó la cerveza, maldita sea. Vino blanco, me dará dolor de cabeza, pero de todos modos me lo está dando esta maldita crítica. ¿Dónde coño habré puesto el sacacorchos? Nunca encuentro nada en esta casa. Aquí está. Así es Jotapé, retorcido como este sacacorchos.

Pero hay libros eternos que se justifican a si mismos, que parecen y son necesarios, y hay libros que nacen sin vocación de eternidad, libros que podrían no existir. Es lo que le ocurre a este libro. Sí, en principio se lee, se deja leer, como los otros libros de Jotapé, pero durante su lectura nos va invadiendo una sensación de fondo, un retrogusto, una tendencia a considerarlo sólo un libro más. Perfecto y funcional, pero también ambiguo y contradictorio. El modelo de novela basado en personajes despreciables, sórdidos y fascinantes, enfrentados a un personaje singular, empieza a ser un modelo demasiado previsible. Escritura cansada, escritores cansados, personajes cansados. Es lo que se comienza a percibir en la escritura de Jotapé, es lo que ocurre con el detective Humanes, está cansado él, está cansado Jotapé y su obra empieza a cansar. Haría falta un sofá metafórico, una otomana literaria para ponerlos en reposo. Y para descansar nosotros. Tras veinte años de peripecias, Humanes no es ni sombra

de lo que era. Ha perdido el desparpajo, la frescura, la inocencia del recién llegado a un mundo cruel que descubre, a cada paso, que nada está acolchado, que las aristas de la vida cortan, las espinas se clavan, las heridas escuecen, también, y sobre todo, al curarlas. El *Humanes* de *Nada nuevo bajo el sol* es pura cicatriz, tejido muerto, necrosis literaria. Su apatía recuerda a la de las viejas solteronas a las que todo les parece mal, hasta el calor del sol en primavera. Cascarrabias desquiciado, *Humanes* es incapaz de transmitir nada, ni dentro de su novela, donde deambula como un fantasma, ni a los lectores de Jotapé, que debería ir pensando en dar fin a esta saga, e incluso quizá debería ir considerando dejar la escritura para quien tenga más ganas, más espesor, más literatura.

Hay escritores que, tras uno o dos libros, han dicho todo lo que tienen que decir, el resto es repetición, puro manierismo personal, diferentes maneras de decir lo mismo. De no decir ya nada. Aunque creamos que lo importante en la literatura no es lo que se dice sino cómo se dice, es cierto también que si se dice siempre lo mismo con simples variaciones, acaba hartando hasta al más devoto lector.

Sí, quizá estoy resultando demasiado duro, pero es que ya me tiene harto este tipo con sus noveluchas de 120 páginas, sus personajes, su pedante comisario humanista, con sus citas fáciles, sus referencias intertextuales pasadas de moda, hijo de un trasnochado posmodernismo aplicado al género negro, que ahora quiere volver a ser “social”, nuevamente moderno. Adelante y atrás, voy y vengo.

¿Pero quién le ha dicho a Jotapé que escribir fuera fácil? Aunque en una primera lectura parezca que escribe con pasmosa fluidez...

Como quien mea, como tengo que hacer yo, que me meo desde hace rato, ¿quedará algo en la despensa? ¿quedarán huevos en el frigo? No sé que voy a comer hoy, con el hambre que me está entrando. Vamos a acabar esto de una vez y me voy a hacer la compra.

...al final aflora la artificiosidad de su escritura, una escritura totalmente contrahecha, compuesta de retazos grapados, mal encolados, como si no hubiese acabado de entender las instrucciones de montaje que le dieron en el taller de escritura al que asistió cuando era un adolescente sensible, escritura ikea montada por un torpe, qué genialidad. Aunque pase horas y horas rehaciendo cada frase, cada párrafo, se nota que le duele escribir, que no lo hace por placer, sino por orgullo, por ese orgullo oculto,

parapetado tras esa plácida sonrisa de las fotos de contraportada, que lo corroe.

No sé si voy a poder enviar esto, no me lo van a publicar. O quizá sí. Si le damos un poco de morbo a la crítica, quizá venda más. Pero eso sería seguirle el juego, apoyar su estrategia comercial. La mayor faena que podría hacerle es no escribir nunca ninguna crítica suya. Pero, ¿quién se percataría de mi silencio? ¿quién lo consideraría desprecio literario en vez de puro despecho personal? Que no, que yo no tuve nada que ver con su mujer. Eso fue la prensa rosa, un montaje del mismísimo Jotapé, cuando quería empezar a vender su primer libro como churros y pensó que montar un pequeño escándalo involucrando a la crítica le podía ayudar. Que hablen de ti, aunque sea mal. Menudo montaje, otra de sus novelas baratas. Claro, luego la prensa contaba que Jotapé nos había pillado infraganti y que, generoso, simplemente había comentado: “espero que tanto como yo, querida”. Y que ella le había respondido: “pues parece que no, querido”. Mentira cochina. Yo a esa tipa no la miro ni de reojo, cacatúa estirada y pedante. Y él es un cabrón, y todo porque no voté su libro en el Planeta. Es retorcido como un muelle.

Mediocre libertino de los sentimientos, irritante y seductor, cree ser su propio personaje, cree vivir en su propia novela, pero ¿cómo leerlo? ¿cómo leerlo sabiendo

que detrás de tanta palabrería no hay nada, absolutamente nada?

Y con esto se acabó, no hay mucho más que decir, ya está bien de trabajar por hoy.

Jotapé siempre ha hablado mal de los críticos y de la crítica. Como si los críticos fuésemos parásitos que vivimos de lo que ellos escriben. Ellos, los muchos, miles, innumerables escritores de hoy. Los modernos. Los postmodernos. Los antimodernos. Los retros. Nos odian porque decimos lo que nos parece, lo que se nos ocurre, con malevolencia y con rencor. Porque se supone que, si somos críticos, somos los frustrados de la literatura, los que no hemos sido capaces de crear. Pero si la literatura existe es gracias a nosotros, a los críticos. La literatura existe porque existen los grandes, Homero, Virgilio, Dante, Cervantes, pero es la crítica quien los ha hecho genios, es de ella que nace, vive y sobrevive la literatura. Sin ella, esa otra caterva de diosencillos menores no existiría, nadie perseguiría la inmortalidad a través de la literatura porque ésta no sería nada, no concedería ese aura de grandeza, de genialidad, de eternidad que buscan enjambres de escritorzuelos. Cualquier historia, hasta la más banal, quiere ser encumbrada a categoría de arte. Todos escribimos,

más que leemos, sabiendo, pero no queriendo saber, que algo nos falta, que nos falta todo más bien, que no somos nada y que estamos condenados al más inmediato y justo olvido. La crítica no se hizo para los cuentacuentos, para los rimadores de mercado, para trovadores, bufones de corte, sino para explicar lo inexplicable, para justificar su propio invento, para llegar hasta los grandes, para decir, para decidir, qué es literatura y qué simple cháchara. La crítica de la *Commedia* de Dante llena bibliotecas, sin ella, hace siglos que habría sido olvidada. Las noveluchas de época, en papel pulpa, las deshace el tiempo en su papel amarillento, resquebrado, puro polvo ya al salir de imprenta. Lo que hace unos años era genialidad, ventas, fama, hoy es un título olvidado en un mercado de viejo, un libro de lomo roto al fondo de una estantería, papel reciclado, cartón para embalaje.

No se tomó muy a bien lo que le dije aquella mañana, en el parque. La verdad es que no sé en realidad cómo se lo tomó. Su gesto adusto, impasible, su sonrisa forzada ante mi chascarrillo, me dejaron con la duda de hasta qué punto se habría ofendido. Porque estoy seguro de que no le gustó, de que fue incapaz de reírse de sí mismo, aunque fuese sólo un poco. Pero es que tenía la postura, la apostura, el empaque, la pose; aunque no tuviese una mano levan-

tada, sí tenía la quietud de las estatuas, un pie adelantado, el cuerpo apoyado en el otro, la barbilla un poco elevada y la mirada perdida en el infinito, buscando quizá la entrada del Parnaso entre unas nubes rotas:

-Sólo te faltan unas cagaditas de paloma en la frente para ser la estatua de ti mismo. El lugar es idóneo. ¿Te hago una foto?